

valimiento de que gozaban ó sus grados. Otros partidarios celosos de la unidad religiosa, tenían horror al cisma. Un fanático salió á campaña para oponerse al pago del *azan*, es decir, el diezmo, á un príncipe que le empleaba en hacer la guerra á los verdaderos creyentes del Magreb. Fomentaba el Africa estos odios, que sofocados en una parte, estallaban en otra. Pero cuando los emires de Africa pensaron en hacerse independienies, ya nada tuvo que temer por este lado España.

En medio de estas agitaciones hubiera podido prosperar el reino de Astúrias; pero á la muerte de Alfonso, se alzaron descontentos contra Fruela, su hijo, quien á pesar de todo alcanzó el triunfo. Este príncipe edificó á Oviedo, haciéndola la capital desus estados y derrotó á Abderramen en un principio; pero sintiéndose lungo sin disposición para resistir al enemigo exterior, compró la paz de los árabes á costa de un enorme tributo.

Duró todo el tiempo de su reinado: cuando sucumbió luego bajo el hierro de sus deudos, Aurelio, que ascendió al trono, pensó librarse de este tributo vergonzoso. Habiendo penetrado los musulmanes en las montañas vencieron á los cristianos repetidas veces, y por gracia especial obtuvo Aurelio la renovación del antiguo tratado.

Silo, su sucesor, tuvo también que resignarse á él para dejar que su nación á beneficio de la paz recuperara fuerzas y adquiriera la solidez que dá el tiempo á todas las instituciones. Conociendo su fin próximo, y queriendo prevenir discordias en la elección de su sucesor, llamó á la corte á Alfonso, hijo de Fruela, y este príncipe se mostró digno por sus bellas cualidades de ocupar el trono que le destinaba Silo. Pero, á fin de desposeerle Mauregato, á quien había tenido Alfonso el Católico en una mujer mora, pidió socorros á Abderramen: cuando se encumbró al trono permaneció fiel á los árabes, y estimuló los matrimonios entre ellos y los cristianos, lo cual no sentó bien á sus súbditos; quizá tomaron de aquí ocasion para contar que se obligó á satisfacer á los árabes cada año el feudo de cien doncellas.

Verdaderamente las alianzas de los españoles hubieran debido ser por naturaleza al norte de los Pirineos, donde la preponderancia de

Carlo-Magno hubiera servido de apoyo á los cristianos. Con efecto, este héroe traspuso los montes, no para hacer triunfar la cruz, sino en virtud de ser llamado por los chaiques rebeldes. Uno de los numerosos descontentos que había hecho el cisma era Soliman ben-Arabi, emir de Zaragoza, que, habiéndose ganado la voluntad de los Abdaros, una de las principales familias de la ciudad, levantó contra Abderramen el estandarte de la rebelion. El emir de Brcelona, que anteriormente había tributado homenaje á Pepino el Breve, se dirigió á la dieta de Paderborn para implorar la asistencia de Carlo-Magno. Otorgóle de buen grado su demanda; si bien poco afortunado en su expedicion, hizo una retirada desastrosa y perdió en Roncesvalles á la flor de sus guerreros.

Parte por fuerza, parte en virtud de negociaciones, Abderramen vió respetada su autoridad en Toledo, Mérida, Sevilla, Zaragoza, Valencia, y se esforzó por restablecer el orden en todos estos puntos. Religioso, afable, prudente, equitativo, multiplicó los cadís, á fin de que donde quiera se administrara justicia; estableció escuelas, fundó y dotó nuevas mezquitas, agregando también á ellas personas que enseñaran el Coran segun la doctrina de El-Auzei de Damasco, llevada al país por el andaluz Saxato-ben-Salema, doctrina que fué posteriormente abandonada por la de Malec ben-Anas. Celebró las fiestas con gran solemnidad; hizo acuñar moneda, hermoseó en particular á Córdoba, donde levantó una mezquita; queria que eclipsara á la de los abasidas en Bagdad é igualara á la de Damasco. Mandó asimismo edificar una gran torre donde subia muchas veces para disfrutar de la perspectiva de un horizonte tan extenso como el de las llanuras en que se había criado, porque la mansion de la deliciosa España no había extinguido en los árabes el amor á su país nativo, y á los nombres de Sevilla, de Cabra, de Elvira, de Jaen, sustituian los de Emesa, de Wasita, de Damasco, de Quinsarina. Abderramen plantó en Córdoba una palmera, la primera que dió sombra en España, y á veces la dirigia este canto: «Hermosa palmera, eres como extranjera en este suelo; pero la brisa de Occidente acaricia blandamente tus hojas; tus raíces hallan un terreno fecundo, y tu copa se alza en medio de una atmósfera pura.

¡Cómo llorarias si pudieras experimentar la pena que me consume! Nada tienes que temer de la adversa fortuna; yo soy constante blanco de sus tiros. Cuando la suerte contraria y el furor de Abas me desterraron de la patria, mis lágrimas regaron las palmeras que crecen á las orillas del Eufrates; pero ni las palmeras ni el rio han conservado memoria de mi pesadumbre. ¡Tú, hermosa palmera, no echés de ménos la patria!»

Reinó treinta años, y tuvo por sucesor á Hescham, á quien había asociado anteriormente al trono. Poco dispuestos sus hermanos á obedecer, sublevaron diferentes provincias y hubo necesidad de someterlos por la fuerza de las armas. Cuando se vió afirmado en el trono pensó en terminar la conquista de la península, proclamando la guerra santa, á la que todos debían concurrir con sus brazos ó su dinero, suministrando armas ó caballos. Abd-el-Vaid se puso en marcha al frente de treinta mil guerreros contra Astúrias, y se adelantó hasta Lugo, devastándolo á su tránsito todo.

Entonces tenían los cristianos por rey á Bermudo el Diácono, que, sintiéndose debilitado por los años, tuvo la generosidad de confiar el mando á Alfonso, hijo de Fruela. Tomando éste medidas tan prontas como eficaces, rechazó al enemigo, le ganó territorio y botin, y le obligó á emprender la retirada.

Por gratitud cedió Bermudo al joven adalid la corona que le había conservado, y que supo despues conservar para sí propio manteniendo á los árabes en sus límites, sin andar con contemplaciones y adelantándose victorioso hasta Lisboa. La pureza de sus costumbres fué causa de que se le apellidara el Casto; envió presentes á Carlo-Magno é hizo prosperar el reino. A pesar de todo, los descontentos le depusieron y le encerraron en el monasterio de Abeila. Pero al asomar otra vez el peligro, se vió restablecido (801), y esclareció su fama con nuevas victorias.

Otro cuerpo del ejército árabe, á las órdenes de Abd-el-Malec, se había arrojado sobre la Galla Narbonense, había tomado y destruido á Gerona, y expulsado á las montañas á los cristianos de la Celtiberia. Habiendo cruzado en seguida Abd-el-Malec los Pirineos, prendió fuego á los arrabales de Narbona, y se dirigió sobre

Carcasona. Agrupáronse los vasallos francos en torno de Guillermo, conde de Tolosa, encargado por Carlo-Magno de la defensa de las provincias del Mediodía; pero fueron derrotados en Villadaña, y los sarracenos recorrieron sin obstáculo la Aquitania, desde donde regresaron á España empujando delante de ellos una multitud de prisioneros y siendo portadores de enormes riquezas, destinadas á terminar la mezquita de Córdoba. Este edificio, convertido actualmente en catedral, tiene seiscientos piés de longitud y doscientos cincuenta de anchura.

Está sostenido por mil ochenta y tres columnas de mármol y de jaspe, que le dividen en diez y nueve naves, cada una de las cuales tiene su puerta de bronce, ornada de bajos relieves; la del centro es dorada. Alumbrábanla de noche cuatro mil setecientas lámparas en que se quemaban ciento veinte mil libras de aceite cada año. Además se empleaban anualmente ciento veinte libras de madera de aloe y de ámbar gris para perfumarla.

Hescham construyó el puente de doce arcos sobre el Guadalquivir; fundó escuelas; impuso á los cristianos la obligacion de aprender el idioma de sus señores y de renunciar al latín en los actos oficiales; plantó jardines, y cultivaba allí flores con sus propias manos. Hé aquí su poesía: «Es abierta y liberal la mano que posee un alma noble; no se asocia con la magnanimidad la codicia de la ganancia. Amo los jardines floridos, y su soledad dulce y amena; amo la brisa de los campos y la risueña gala de los prados, pero no aspiro á poseerlos. ¿Con qué objeto me ha proporcionado el cielo socorros, sino para tener la satisfaccion de distribuirlos? Dar es mi ventura en los tiempos prósperos; pelear es mi deber cuando la guerra me llama, y segun la necesidad lo requiere, hago uso de la espada ó de la pluma. Sobre todo, sea mi pueblo venturoso; no necesito de otros bienes.»

Dirigió este discurso á su hijo Al-Akkan, á quien había hecho proclamar sucesor suyo: «Penetren hasta el fondo de tu corazón y queden allí grabadas mis últimas palabras. Son los consejos de un padre que te ama. De Dios son los reinos, y segun su voluntad los da ó los quita. Démosle gracias eternas por habernos colocado en el trono de España; y para con-

formarnos con su santa voluntad, hagamos bien á los hombres, único fin para que ha puesto en nuestras manos el poder supremo. Sea siempre igual tu justicia, protege sin distincion al rico y al pobre. No consentas que tus ministros sean injustos á la sombra de tu nombre. Muéstrate dulce y clemente respecto de tus súbditos, porque Dios es nuestro comun padre. Escoge para gobernar tus provincias varones prudentes y esclarecidos. Castiga sin compasion á los agentes prevaricadores que esquilman al pueblo con exacciones arbitrarias. Trata con bondad á los soldados, aunque sin manifestarles dulzura, á fin de que no abusen de las armas que la necesidad te obligue á confiarles. Sean defensores del país y no sus tiranos. Piensa en que el amor de los pueblos constituye la gloria y la seguridad de los reyes; el poder de un príncipe que se hace temer es transitorio, y es cierta la ruina de un Estado cuyo soberano se haya hecho odioso. Protege á los labradores que nos alimentan con sus trabajos; vela sobre los campos y sobre las cosechas. En suma, condúcete de manera que el pueblo viva feliz á la sombra de tu trono, y disfruta en seguridad de los bienes y de los placeres de la vida. Hé aquí, hijo mio, en lo que consiste un gobierno sabio.»

Al-Akkan no supo aprovecharse de los ejemplos y de las lecciones paternales; se mostró vano y presuntuoso, de un natural duro y arrebatado. Sus tíos tornaron á alegar sus antiguas pretensiones, al mismo tiempo que los galos recuperaban palmo á palmo la Narbonense invadida. El valor de Foteis reprimió á los primeros y rechazó á los segundos. Luis, rey de Aquitania, enviado por Carlo-Magno á socorrer al rey de Astúrias, tomó á Barcelona despues de una vigorosa resistencia; pero Al-Akkan invadió poco despues la Navarra, y descendiendo hácia el Ebro, se apodeó de Huesca.

Amrou, que gobernaba en Toledo en su nombre, derramaba torrentes de sangre cristiana. El mismo Al-Akkan, encerrado con sus mujeres, no daba muestras de su poder sino por medio de órdenes sanguinarias y de impuestos enormes. Córdoba acabó por sublevarse; y arrojándose el rey sobre los insurgentes, los venció y entregó la ciudad al saqueo y á la matanza. Trescientas personas empaladas ofrecieron un horrible espectáculo á lo largo del rio; por úl-

timo, al cabo de tres días mandó suspender las ejecuciones, y permitió abandonar el país á los que habian quedado. Algunos fueron á llevar su miseria á Toledo; otros, en número de ocho mil, pasaron á Africa y aumentaron la poblacion de la ciudad naciente de Fez. Habiendo ganado quince mil de ellos á Alejandria, la tuvieron á su merced hasta el momento en que los walis de Egipto les determinaron, mediante considerables sumas, á trasladarse á Creta. Reunidos en aquella isla con los egipcios y los sirios del Irak, fundaron á Candia y se dedicaron á la piratería.

Asaltaron á Al-Akkan, el Cruel, los remordimientos, causándole accesos de locura. Cierta dia en que el esclavo encargado de humedecer y perfumar su larga barba habia tardado un instante, le tiró á la cabeza un frasco de almizcle. Como éste sollozara por lo bajo, exclamó Al-Akkan: *¡Qué! ¿Temes que lleguen á faltar perfumes, porque he roto una ampolla? ¿No sabes que para tenerlos siempre, he hecho rodar trescientas cabezas en un dia?*

A veces cenovaba á los chaiques y al ejército como para una expedicion lejana, y acto continuo los despedía. Otras hacia llamar á media noche á los cadis, á los visires y á la corte; luego mandaba entrar cantatrices, se bailaba, se tocaban instrumentos, y hecho esto, despedía á los asistentes.

Tambien se exhalaban en cantos poéticos su melancolía y su ímpetu belicoso; poseemos un himno suyo de combate que empieza de este modo: «He visto abrirse los abismos erizados de espadas; pero me he alzado sobre la cumbre de los montes, y los montes se han convertido en humildes valles. Díganlo mis fronteras. ¿Temen acaso ser pisoteadas por los caballos de los jinetes enemigos? ¿Ven brillar el acero en sus manos? ¿Oyen otro ruido que el de los arroyos que se despeñan por las rocas, y arrastran en su curso los árboles de la selva? Mis fronteras dirán si yo soy el primero entre los héroes, y si mi espada fue la primera que se tiñó de sangre. Jóvenes guerreros han huido asustados al aspecto de los peligros y de las fatigas, mas no los de mi escuadron selecto, porque el que me acompaña nunca conoció la infamia ni el miedo.»

Los libros de su biblioteca, cuyo catálogo

razonado habia hecho él mismo, ascendian al número de cuatrocientos mil volúmenes. Le fué deudor el califato de Córdoba de dos instituciones, un ejército regular y asalariado, con sus almacenes de víveres y municiones, y una fuerte marina.

A la par que en los demas países han dejado los godos la reputacion de bárbaros é ignorantes, su dominacion en España es considerada como una edad de oro, un tiempo de virtud, de heroísmo, de poesía. Esto proviene no absolutamente de las buenas cualidades de este pueblo, que á decir verdad, fué el ménos grosero entre los bárbaros, sino de que se asoció á su nombre el recuerdo de la independencianacional, y de que se les pudo comparar á los nuevos invasores.

Conocemos bastante á los árabes para poderlos figurar el destrozo que hicieron en la península, llegando como los demas en clase de conquistadores, y adversarios además de la religion dominante. En pos vinieron las discordias entre los invasores mismos, y los indígenas les vieron con satisfacion verter olas de sangre por conservar el derecho oprimirlos. Una vez resueltos á establecerse en España cesaron de devastarla á su antojo y pudieron respirar sus moradores. Nos queda un curioso documento de la época en un convenio otorgado en 734 por dos capitanes sarracenos á los habitantes de Coimbra y de sus inmediaciones, en que se especifica que los cristianos pagarán doble que los árabes; las iglesias, veinticinco libras de plata; los monasterios, cincuenta; las catedrales, ciento. Allí se dice que los cristianos tendrán un conde de su nacion en Coimbra, para administrar justicia, aunque nadie podrá ser condenado á muerte sin orden del *algazil* árabe. Si un cristiano mata ó injuria á un árabe, será juzgado por el *algazil* con sujecion á las leyes del ofendido. Si un cristiano viola á una doncella árabe, deberá hacerse musulman y casarse con ella; de lo contrario será condenado á muerte; sufrirá la pena capital si el ultraje á sido á una mujer casada. El cristiano que entre en una mezquita ó hable mal de Mahoma y de Alá estará obligado á declararse musulman ó perecerá. Dirán los sacerdotes misa á puerta cerrada, bajo pena de diez libras de plata de multa. No maldecirán

los obispos á los reyes musulmanes so pena de la vida. Quedarán en paz los monasterios aunque con la obligacion de pagar cincuenta libras de plata. Fué exceptuado el de Lorban de este tributo, porque los monjes tenian costumbre de indicar de buena fé á los musulmanes los mejores sitios para la caza, y de prestarles buena acogida. Tambien podian ir á Coimbra y comprar con exencion de tributos, aunque sin permiso especial no podian salir del territorio.

Esta acta nos da á conocer en parte, cual era la condicion de los vencidos con relacion á los vencedores. Tambien nos queda un decreto del año 759, por el cual regulaba Abderramen para tres años el tributo debido por sus súbditos cristianos. Consistia en seiscientas veinticinco libras de oro, veinte mil marcos de plata, diez mil caballos, otras tantas mulas, mil corazas, y otros tantos sables y lanzas. Sin embargo, los emires llegaron á favorecer las artes y las ciencias, hasta el punto de arrancar encomios á algunos escritores respecto de su dominacion en España, como si pudiera haber prosperidad sin independencian.

CAPITULO IV

LOS FRANCOS.

Alcaldes del palacio.

La adúltera Basina, mujer del rey de los turingios, dijo á su nuevo esposo en la primera noche en que participó del tálamo del que habia de hacerla madre de Cloris: *Guardemos continencia; levántate y cuenta á tu sierva lo que veas en el patio de palacio.* Con efecto, habiéndose levantado, vió leones, unicornios, leopardos, jugar saltando, y volvió á decirselo á su compañera. *Vé y mira de nuevo,* repuso ella, *y luego instruye á tu sierva de lo que haya herido tu vista.* Por segunda vez salió de su aposento y vió osos y lobos. Su tercera vision le ofreció el espectáculo de pequeños perros y de una multitud de bichos abyectos. Entonces Basina le habló de esta manera: *Todo cuanto acababan de ver tus ojos es la verdad pura. De nosotros nacerá un leon seguramente; sus valerosos hijos están figurados en la vision que tuviste por los leopardos y por los unicornios. Con el tiempo ellos enjendrarán á su vez lobos y osos valientes*